

## La verdadera vid y sus sarmientos



### Ser sarmientos vivos

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada." (Jn 15,5)

Meditando este Evangelio con las Hermanas del Monasterio de San Giacomo di Veglia durante la quinta semana de Pascua, nos dimos cuenta de que la imagen de la vid que Jesús hace suya para expresar el misterio de nuestra comunión con él implica una transmisión de vida de él a nosotros y de nosotros al mundo. Los sarmientos no están secos, es decir, están vivos, si a través de ellos pasa la linfa vital que desde las raíces y el tronco de la vid va a nutrir las uvas que la vid produce como fruto. Un fruto que luego es transformado en vino "que alegra el corazón del hombre" (cf. Sal 103,15), especialmente cuando se bebe para saborear la belleza de la comunión fraterna.

Esta imagen nos revela lo importante que es ser sarmientos vivos, vivos con la vida de la vid. Es importante para el mundo que espera la alegría del fruto de toda vida humana, pero es importante sobre todo para Cristo, la "vid verdadera" de la que el Padre es el agricultor (cf. Jn 15,1). Es como si del paso de la linfa vital por los sarmientos dependiera el cumplimiento de lo que Dios es para toda la creación y el cumplimiento de lo que toda la creación es para Dios. La alegría de Dios es el don de la vida. La alegría de la creación es la vida de Dios. Pero si los sarmientos no se dejan atravesar por la vida de Cristo, toda la creación y toda la humanidad se ven privadas de su finalidad y de su cumplimiento. Incluso Dios quedaría humillado en la entrega total de sí mismo que hace al mundo.

¡Qué misterio! La plenitud de Dios, la alegría de Dios, parecen depender de nosotros, de la vitalidad de los sarmientos. No es de los sarmientos de donde viene la vida: la vida sólo viene de Dios, del Padre, en el Hijo en el don del Espíritu Santo. Pero la transmisión de la vida depende de los sarmientos. Los sarmientos son los primeros en acoger la vida de la vid y pueden transmitirla sólo en la medida en que la acogen.

Vemos en el Evangelio que la tristeza de Cristo está siempre en no poder dar su vida porque la ve rechazada. Cuando Jesús ve alejarse al joven rico, lleno de tristeza, su corazón se llena también de tristeza porque ve que un sarmiento que él había reconocido como importante para transmitir su vida al mundo no quiere permanecer unido a la verdadera vid, liberándose de todas sus posesiones para dejar fluir a través de él la vida de Cristo, es decir, ese amor infinito que Jesús ya le dio sin medida (cf. Mc 10,21-22).

## **La misión de los sarmientos**

Cuando vemos la situación de aridez, de falta de alegría, de consuelo y de sentido en la que vive la humanidad – pero también la aridez y la tristeza que a menudo habita en nuestros corazones y en nuestras comunidades –, comprendemos que hoy más que nunca la gran urgencia a la que estamos llamados a consagrar nuestra vida es precisamente la de permitir que Cristo nos convierta en sarmientos vivos de la vid en la que se convirtió al morir en la Cruz y resucitar para la salvación del mundo.

Se podría leer toda la Regla de San Benito – así como todos los caminos de conversión propuestos por tantos carismas eclesiales – como un acompañamiento que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia para ayudarnos a ser sarmientos vivos de la vid de Cristo Redentor. De hecho, cuando Benito pide como condición para entrar en un monasterio que seamos hombres y mujeres que desean la vida y la felicidad (cf. RB Prol. 15; Sal 33,13), frente a los que dicen sí a esta llamada universal no propone tanto la experiencia inmediata de la satisfacción de este deseo, cuanto un camino que nos hace llegar a ser personas y comunidades cuyo fruto sea la caridad al servicio del amor y la alegría de los demás. Sí, precisamente la vocación y la misión de los sarmientos encuentran su plenitud en transmitir y llevar a todos el fruto que sólo Cristo puede producir: la caridad, alegría de Dios y de la humanidad.

También el don de Pentecostés, el primero que tuvo lugar en Jerusalén como el siempre nuevo Pentecostés que tanto necesitamos, transforma a los discípulos en sarmientos vivos de Cristo. El Espíritu Santo, de hecho, nos llena de la vida de Cristo, hace que Cristo viva en nosotros, como en la Virgen María.

Si no tenemos esta preocupación fundamental de ser sarmientos vivos de Cristo, todos los problemas y dificultades, en lugar de ser oportunidades para vivir de la fe, la esperanza y la caridad, se convierten en torrentes en crecida que nos arrastran cada vez más lejos de la roca sobre la que estamos llamados a construir la casa de nuestra vida y de la Iglesia que la acoge y la hace cristiana. Si, por el contrario, nos preocupamos esencialmente de dejar que Cristo viva en nosotros por la gracia del Espíritu, descubrimos con sorpresa y consuelo que hasta las circunstancias más negativas y fatigosas son, para Jesús, espacios de vida nueva, espacios de amor y de paz. Si Cristo vive, nada se pierde, nada es en vano. Si Cristo vive en nosotros, nuestro "yo" no se derrumba ante ninguna amenaza, ni siquiera ante la muerte. El sarmiento que permanece unido a la vid de Cristo permanece vivo y capaz de fructificar, aunque las heladas del invierno, el calor del verano u otras calamidades vengán a destruir temporalmente todas las hojas y los frutos que daba. De Cristo, la verdadera vid, resurge siempre la vida.

## **Aprender a ser sarmientos de la vid**

En las bodas de Caná, ¿por qué Jesús objetó a su madre que aún no había llegado su Hora de dar el vino nuevo para la alegría de las bodas? El hecho de que el problema fuera la falta de vino sugiere que Juan, al narrar este episodio, estaba pensando en las palabras con las que Jesús se había llamado a sí mismo "vid verdadera" durante la última Cena. En efecto, en el capítulo 15 de Juan, Jesús habla también del fruto de la vid, de la alegría perfecta, de la permanencia en el amor mutuo, como entre los esposos. En Caná, todavía no había llegado el momento de que Jesús diera mucho fruto, el fruto de su vida entregada totalmente al morir en la Cruz. Quizás Jesús pensó que para que su vida diera todo su fruto era necesario esperar a que crecieran los sarmientos de la vid, es decir, sus discípulos, empezando por los apóstoles. Era necesario esperar a Pentecostés para que sus discípulos se convirtieran en sarmientos vivos de la vid, capaces de transmitir el vino nuevo de su Sangre derramada para dar frutos de la Nueva Alianza, es decir, de la comunión en el amor de Cristo.

María, sarmiento perfecto desde el momento de su concepción, parece intuir el pensamiento de Jesús. ¿Y qué hace ella? Nos enseña a convertirnos en sarmientos vivos como ella, insertados en la vid, para que Cristo pueda dar el fruto de su Hora pascual. En Caná, en efecto, María enseña a los sirvientes de la boda el modo en que ella misma dijo inmediatamente que sí al don y a la tarea de ser un sarmiento vivo del don del Hijo de Dios: "Su madre dijo a los sirvientes: 'Haced todo lo que os diga'" (Jn 2,5).

Para ser sarmientos vivos y fructíferos de Cristo se nos pide que escuchemos su palabra, una escucha disponible para que se produzca lo que Cristo quiere hacer a través de nosotros. La escucha y el servicio son las cualidades esenciales de los sarmientos de Cristo. Jesús quiere dar fruto a través de nosotros, y su fruto es el vino que regenera la alegría de las bodas, la alegría fructífera del amor que Dios nos da para que nos convirtamos en su imagen y semejanza. Este fruto es la Redención en la sangre de Cristo, en su vida entregada por nosotros hasta el final. Esto ya estaba presente en la conciencia de Jesús en Caná, y también en la de María cuando enseñó a los siervos a obedecer a la palabra de Jesús para convertirse en instrumentos del don de su vida, es decir, para ser sarmientos del Señor muerto y resucitado por nosotros.

Con la misma actitud, con la misma fe, María esta presente en el Cenáculo, en la Iglesia primitiva, y ahora en el Cielo sigue siendo nuestra Madre y Maestra. Con su silencio, su oración, su obediencia llena de fe, caridad y esperanza, María está siempre presente en la Iglesia y para la Iglesia, repitiendo su invitación esencial: "'Haced todo lo que os diga". Como si nos dijera: "Permaneced unidos a la Palabra de vida, permaneced en su amor, y vuestra vida dará el fruto de mi Hijo, el fruto del Espíritu Santo".

## **El fruto de la comunión fraterna**

Así como el fruto de la vid es el vino de la alianza, el fruto de Cristo es la comunión en su Sangre, la comunión de Dios-Trinidad que nos ha sido dada para vivir con Él y entre nosotros. No se es sarmiento de la verdadera vid sin dar este fruto de comunión fraterna.

El Papa Francisco ha consagrado la encíclica *Fratelli tutti* a este fruto esencial y universal de la Iglesia y de nuestra vida cristiana. Es urgente que trabajemos en ello, por nosotros mismos y por el bien del mundo entero.

Para dar este fruto, Dios Padre suele podar los sarmientos de la vid, del Cuerpo de Cristo. Quitamos de nosotros y de nuestras comunidades lo que no sirve a la comunión en la caridad, lo que produce frutos que no son los auténticos frutos de Cristo, las uvas silvestres que pueden parecer bellas a la vista, pero que en realidad no sirven a la alegría de nuestros corazones y a la alegría de Dios. A menudo nos sentimos amargados en nuestras relaciones con los demás, porque en ellas, y sobre todo en nuestro corazón, se cuele el desprecio, la crítica, la mentira, la hipocresía y la desconfianza. Entonces empezamos a defender nuestros juicios, nuestras actitudes, y esto sólo aumenta la amarga esterilidad de nuestra vida cristiana y monástica.

La poda es una técnica que no discute con lo que es estéril, es un corte que deja caer lo que está seco, lo que no da fruto, lo que ya no deja pasar la vida, la savia de la verdadera vid: el amor de Cristo, el Evangelio, la gracia del Espíritu Santo.

En toda la Iglesia y en la Orden estamos viviendo un tiempo de gran poda. Parece que nos hacemos más pequeños, más cortos, menos visibles, menos importantes. La crisis mundial que atravesamos ha exacerbado incluso entre nosotros muchas fragilidades. En realidad, si nos dejamos podar por el Padre con la confianza de que nos ama y quiere hacernos vivir con la vida del Hijo, descubrimos que la poda nos hace bien, nos hace más felices y más fecundos para el Reino de Dios, incluso cuando parece que nos estamos muriendo. Esta es la humildad evangélica a la que San Benito no deja de educarnos, porque San Benito es un padre que desea ardientemente que vivamos como hijos de Dios que dan su vida como lo hizo Jesús.

Es importante, sin embargo, ser conscientes de que la comunión entre nosotros es la comunión de los sarmientos de la única y verdadera vid que es Cristo. Cada sarmiento es responsable de dar fruto personalmente permaneciendo inserto en el Señor, pero no debemos olvidar que nuestro fruto es el fruto de Cristo y que los distintos sarmientos están unidos por Él para transmitir este fruto al mundo. El fruto es la comunión de amor que Cristo da al mundo, y sería absurdo que los sarmientos que lo transmiten no disfrutaran de esta comunión entre ellos. Quién sabe qué alegre fraternidad nació aquel día en Caná entre los siervos que fueron los primeros en conocer y ver que su trabajo obediente al Señor permitía un increíble milagro. Es la misma fraternidad gozosa que los apóstoles y todos los primeros cristianos sintieron brotar entre ellos en la misión que iniciaron inmediatamente después de Pentecostés.

¿Somos conscientes de que estamos juntos para servir al fruto de la comunión fraterna, es decir, al gran milagro obrado por el amor del Resucitado en el don del Espíritu? La fragilidad nunca es una objeción, porque el fruto del amor de Cristo es siempre perfecto, aunque sólo hubiera dos o tres sarmientos unidos a Él para llevarlo, dejarlo madurar y darlo al mundo.

## **Hermanos y hermanas de los pobres**

Hace poco tuve una experiencia que me cuestionó mucho. Por culpa de mi distracción, había perdido un tren a Francia y tenía que cogerlo al día siguiente. Estaba enfadado conmigo mismo y triste por causar molestias a la comunidad que iba a visitar. Sin embargo, en el tren que tomé conocí a una joven madre africana con su hija de seis años. Como tantos otros migrantes, había cruzado el Mediterráneo en una barca de goma para salvarse de una amenaza para su hija y para encontrar tratamiento para una enfermedad. Ya habían pasado un mes en un campo de refugiados en Italia. Ahora se dirigían a Francia, donde tenían un contacto. En la aduana, la policía tuvo que hacer bajar a varios inmigrantes ilegales, todos ellos procedentes de África. Escenas dolorosas y a veces violentas, ciertamente desagradables incluso para la policía que tiene que cumplir con su deber, aunque sea un problema que debería abordarse a nivel internacional. También hicieron bajar del tren a la madre y a su hija pequeña, pero después de los controles les dejaron volver a subir y continuar el viaje. La niña estaba muy asustada, sollozaba y tenía fiebre. Me contaron su historia. Al acercarnos a Niza, les pregunté dónde iban a pasar la noche. De hecho, pensaron que podrían continuar su viaje al menos hasta París y que seguramente pasarían la noche en la estación o en algún refugio improvisado. Llamé por teléfono a la abadesa de Castagniers, que me esperaba en la estación. Le pregunté si conocía alguna posibilidad de recepción en Niza. Respondió que intentaría preguntar, aunque ya era tarde. Pero enseguida me dijo: "Si no, las llevaremos con nosotros a la abadía y dormirán con nosotros". No me sentí muy favorable a esta posibilidad, pero comprendí enseguida que era porque eso significaba comprometerme aún más en la acogida de esas personas que Dios había puesto en mi camino. Comprendí que Jesús, San Benito y el Papa Francisco no nos dejan ninguna duda sobre cómo responder a esta necesidad y que yo estaba llamado a dejarme involucrar como el buen Samaritano. Así que me alegré de que la abadesa me dijera que no había otra opción que llevarlos con nosotros a Castagniers. Allí las monjas las acogieron "con toda la humanidad" que pide San Benito (RB 53,9), y de la que las mujeres son expertas. Para esta comunidad, como para muchas otras de la Orden, la acogida de inmigrantes y refugiados no es nueva.

Las circunstancias hicieron que, tras la breve estancia en el monasterio, aquella madre y su niña continuaran el viaje conmigo, y fue providencial porque pude ayudarlas ante otras graves complicaciones del tráfico ferroviario a las que nos enfrentamos. La madre no paraba de repetir una y otra vez: "¡Es Dios quien te envía!" Me di cuenta de que eso era cierto. Ciertamente, no era yo el bueno, sino el Señor que, en el amor preferencial que tiene por los pequeños y los pobres, me había hecho instrumento, junto con las Hermanas de Castagniers, de su cuidado por ellas. Dios nos convierte realmente en "ángeles", es decir, en "enviados" de su caridad, si simplemente nos dejamos implicar en la necesidad del prójimo. A veces, un pequeño sí a la necesidad de los demás es suficiente para implicarse completamente en la providencia del Padre, que entonces se ocupa verdaderamente de todo, hasta el último detalle.

Este episodio no es nuevo en nuestra experiencia. Pero me ocurrió en un momento en el que sentía especialmente el cansancio que tantos sentimos al retomar el camino en este momento tan dramático para el mundo y para todos nosotros. Me hizo darme cuenta una vez más de lo importante que es dejarse ayudar por los pequeños y los

pobres para recuperar la vitalidad de la verdadera vid que es Cristo. Basta con un simple gesto de aceptación de la necesidad del prójimo para que la linfa vital de la gracia y la caridad fluya a través de nosotros, los sarmientos de la vid, y esto no sólo da frutos de consuelo para los necesitados, sino que también devuelve la vida y la alegría al propio sarmiento, a nosotros.

Así es como – cada vez estoy más convencido de ello – el Espíritu Santo quiere devolver la vitalidad a cada uno de nosotros y a nuestras comunidades, a menudo cansadas y tristes por su fragilidad. Todos nosotros, en la crisis que estamos viviendo, deberíamos preguntarnos: ¿qué pobre estoy llamado a acoger hoy en mi vida para que Dios haga de mí un "ángel" y un instrumento de su ternura, cuidado y caridad? Estar atentos a las necesidades de los demás, que a menudo están a nuestro lado o a la puerta de casa, y vivirlas en comunión con Cristo, como María en Caná, nos convierte en servidores de la caridad de Dios, que obra inmediatamente una transformación milagrosa de la realidad, devolviéndonos la alegría de vivir, de ser amados y de amar. Entonces descubrimos que el pobre nos regala la vida, nos regala ser sarmientos vivos de Cristo que con el Padre quiere dar el Espíritu Santo al mundo.

### **Ayudémonos mutuamente a ser sarmientos vivos**

Me parece que el momento actual que vive el mundo, la Iglesia y nuestra Orden nos pide sobre todo una renovada voluntad de ser sarmientos de Cristo y de ayudarnos mutuamente en ello. No estamos juntos en la Iglesia y en una vocación particular para ser admirados como flores llamativas o apreciados como frutos suculentos, sino para ser sarmientos al servicio de la fecundidad de Cristo Redentor. Una fecundidad siempre misteriosa, oculta y sorprendente al mismo tiempo. La tarea de los cristianos, y en particular de los monjes y monjas, es a menudo humilde y oculta, pero nace de una predilección real, de una preferencia de Jesús por nosotros, de una amistad que no merecemos, pero que se nos da. El sarmiento, en efecto, está más unido a Cristo, más unido a él, que las hojas, las flores y los frutos de la vid. En el sarmiento fluye directamente la vida dada del Redentor. Si fuéramos realmente conscientes de ello, ¡qué gratitud sentiríamos por nuestra vocación y el servicio que se nos pide!

El Señor nos ha unido, queridos hermanos y hermanas, como a los discípulos reunidos en el Cenáculo de Jerusalén, para confortarnos mutuamente con la oración y el afecto fraterno, y para vivir juntos la adhesión a Cristo que nos hace sarmientos vivificados por el don del Paráclito. Pidamos a la Virgen María y a nuestros amigos del Cielo el don de un corazón abierto a esta gracia y misión.



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori  
Abad General OCist